

Orfila atenta contra los acuerdos de la OEA

por Frida MODAK

Acaba de terminar la Asamblea General que la Organización de Estados Americanos (OEA), realizó en Bolivia y ya los acontecimientos se han encargado de restarle validez a sus acuerdos. Apenas los cancilleres habían aprobado una declaración en la que se pronunciaban por el reforzamiento de la democracia en el continente, en el país anfitrión se producía un golpe de Estado a vista y presencia tanto de los delegados como del secretario general de la Organización. Todos se encontraban allí todavía, porque sólo hacía unas horas que habían clausurado la Asamblea en la que se manifestaron intenciones tan interesantes como la que ya hemos señalado acerca de la democracia. En esas circunstancias, y si las declaraciones de la OEA han de tener algún valor, a nadie le habría extrañado que, estando allí sus máximos representantes, se hubiera realizado aunque fuera una reunión de carácter informativo acerca de lo que sucedía.

Pero no pasó nada de eso, la única preocupación del argentino Alejandro Orfila, secretario general de la OEA, fue salir lo antes posible de La Paz, para lo cual le enviaron desde Mendoza, su ciudad natal, un avión especial. El próspero hombre de negocios dejó en la capital boliviana a los funcionarios del organismo a su cargo, a los que no les procuró ningún medio de transporte especial. Sólo cuando estuvo en territorio argentino se comunicó telefónicamente con las fuerzas del coronel golpista para pedirles que garantizaran la seguridad de los que habían concurrido a la Asamblea de la organización interamericana y que se les permitiera salir a la brevedad posible. Y eso fue todo lo que el otrora galán del jet-set estimó que le correspondía hacer. Sin embargo, cuando le preguntaron acerca de las resoluciones aprobadas en la reunión que acababa de terminar, usó toda clase de adjetivos para sostener que la OEA iniciaba una nueva era, sin darse por enterado de que ya se había producido el primer hecho atentatorio contra esas resoluciones que alababa.

Esta actitud ya está indicando que Orfila no va a mover un dedo para que se concrete, sin tergiversaciones, el contenido de la Declaración de La Paz, lo que no puede extrañar a nadie. Surgido del mundo de los negocios, fabricante de los vinos que llevan su nombre, Orfila es un producto de las transnacionales norteamericanas que lo pusieron en la Secretaría General de la OEA para que desde allí implementara lo que han elaborado como política latinoamericana para los Estados Unidos. Y durante este tiempo, Orfila ha cumplido rigurosamente con la misión que le encomendaron. Sus iniciativas económicas, hechas en nombre de la integración regional y el desarrollo del continente, tienen por objeto crear los vínculos que a los norteamericanos les interesan y por ello se ha propuesto canalizar a través de España la relación de América Latina con Europa, lo que está dentro del propósito de crear una amplia comunidad iberoamericana de inspiración demócrata cristiana liderada por la gobernante UCD española.

Su conducta en relación a los derechos humanos ha sido simplemente vergonzosa, porque sigue los lineamientos del gobierno norteamericano en esa materia. De ahí que nunca se haya ocupado mayormente de este punto y que cuando las barbaridades que cometía el somocismo provocaban la repulsa universal, Orfila se dedicara a gastar los recursos de la OEA en fiestas que salían tan caras, que una comisión especial debió llamarle la atención y pedirle que se moderara. Así, mientras en Nicaragua se combatía por la democracia y la libertad y el personal de la OEA se declaraba en huelga en demanda de un aumento de sueldos, el individuo que teóricamente



ALEJANDRO ORFILA

debería procurar soluciones a problemas de este tipo se divertía con cargo al presupuesto del organismo que encabeza. Ese fue su aporte al plan norteamericano para tratar de manipular la revolución nicaragüense, y durante meses mantuvo a la OEA al margen para que Washington lo desarrollara.

Con estos antecedentes y su comportamiento en Bolivia, resulta difícil aceptar las razones que se dieron para reelegirlo en el cargo en la asamblea de La Paz. Su alegato en favor de la democracia, a la cual dijo representar, no tenía ningún valor y los hechos se encargan también de demostrarlo.

COLABORARA CON VIDELA

Después de su apresurada salida de Bolivia, Orfila se entrevistó ayer con el general Jorge Rafael Videla, que preside el régimen militar argentino, régimen que se movilizó y trabajó arduamente para lograr la reelección de aquél como secretario general de la OEA. Lo primero que hizo fue agradecer la ayuda que le otorgaron y, a manera de retribución, le ofreció a Videla su colaboración para cualquier plan que Argentina quiere presentar en la organización interamericana. Interrogado por la prensa al término de la entrevista, dijo que confiaba en que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que acaba de realizar una investigación en ese país, "va a reflejar de la manera más objetiva posible lo que haya visto". Cabe preguntarse qué quiso decir con eso, porque los hechos objetivos muestran brutales violaciones a los derechos humanos en la Argentina y, sin embargo, el régimen videlista no fue condenado junto a las dictaduras de Chile, Uruguay y Paraguay, en la asamblea que acaba de terminar.

Si ya todo esto crea más dudas de las convenientes, su afirmación de que su triunfo "es un triunfo de la nación argentina", hecha al salir de su entrevista con Videla y tras haberle ofrecido a éste su concurso, hace obvio que Orfila identificó a la nación argentina con el régimen militar, y como el pueblo argentino no se identifica con ese régimen, ni éste es democrático, lo que queda claro es que Orfila está estrechamente ligado a una dictadura, en abierta contradicción con la Declaración de La Paz, a la que debería ajustar su conducta.